

Andrés Sánchez Robayna
Borrador de la vela
y de la llama



Andrés Sánchez Robayna

Borrador de la vela
y de la llama

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© Andrés Sánchez Robayna, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 146-2022
ISBN: 978-84-19075-30-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

VELA. La candela que arde, *quasi* vegela, *a vigilando*, porque nos da luz de noche para velar y no dormirnos. Esta es, o de cera o de sebo. Los antiguos gastaban aceyte, y su luz se llamava *lucerna*, *a luce*. Es la vela y la luz de noche gran consuelo para los enfermos, compañía para los estudiosos, seguridad para los recatados.

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS

Si miras con mucha fuerza y mucho amor una llama, te puede enseñar más cosas que leer... un montón de libros sobre la evolución de la humanidad.

YORGOS SEFERIS

Preliminar

Al principio, cuando las veíamos aquí y allá, no éramos del todo conscientes de su importancia intrínseca como imagen, y menos aún de su continuidad artística y su considerable peso histórico. Tuvo que pasar todavía algún tiempo para que pudiéramos observar claramente que la vela y su llama poseían, bajo diversas formas —a veces encubiertas o indirectas—, el valor de un motivo central en las artes, un motivo que enlazaba además, no por casualidad, con las culturas de Oriente. Se trató, digámoslo así, de un reconocimiento más o menos gradual, y también, para nosotros, cada vez más seguro e inequívoco.

Parte decisiva de ese proceso de reconocimiento fue, sin duda, la lectura de uno de los últimos y más bellos ensayos de Gaston Bachelard, *La Flamme d'une chandelle*. Aunque las reflexiones del filósofo francés centran su exploración en la conocida «poética del fuego» y los «valores estéticos del psiquismo», consiguen así y todo ofrecer una idea muy precisa de la potencia simbólica del motivo, especialmente en lo que se refiere a la llama.

Complementarias y, en buena medida, deudoras de Bachelard, las presentes notas quieren ir sin embargo en una dirección distinta, menos orientadas como están a la «psicología del inconsciente» y la fenomenología del sueño que a una filosofía de lo poético y a un acercamiento a la vida de la imagen, una imagen en la cual,

por otra parte, se entrelazan la poesía y las artes visuales (*ut pictura poesis*), sin olvidar la fotografía y el cine. Es el único modo de hacer justicia a los lazos que, desde muy antiguo, unen de manera inextricable la imaginación poética y la imaginación plástica, unos lazos muy reforzados a partir del Renacimiento con la aparición de los emblemas. Tal vez esas imágenes resonaban, de manera consciente o inconsciente, en el Baudelaire que escribe, resuelto: «No hay objeto más profundo, más misterioso, más fértil, más lóbrego y deslumbrante que una ventana tenuemente alumbrada por una vela. Lo que la luz del sol nos muestra es siempre menos interesante que cuanto ocurre tras unos cristales. En esa oquedad radiante o sombría, la vida sueña, sufre, vive». ¿No estamos aquí ante un *cuadro*, un lienzo hecho con palabras? Ninguna sorpresa puede haber, así, ante las velas que aparecen en incontables pinturas, y menos aún ante la frecuencia insólita con la que el motivo de la vela y la llama hace igualmente su aparición en el dibujo, como si éste y su «poética» se prestaran de manera idónea a las figuraciones del misterio implícito en una imagen con tantas recurrencias, derivaciones y modalidades como la que nos ocupa. El dibujo es a menudo «superior» a la pintura, porque —se ha dicho alguna vez— es un estudio que la aventaja en lo que respecta a libertad y espontaneidad de creación. ¿No comparte también el dibujo con el motivo de la vela encendida su aparente irrelevancia, su levedad y hasta su *intimidad*?

La aproximación aquí ensayada es la que sugieren a su manera los propios ejemplos que presentamos, necesariamente sometidos a una selección estricta a partir de una casi abrumadora colección de casos. Se trataba de evitar las reiteraciones y de mostrar, en lo posible, la riqueza del motivo en sus principales expresiones y mutaciones históricas. Así y todo, lo que se hallará en las páginas que siguen no ha querido perder en ningún momento su

condición de *borrador* —ya enunciado en su mismo título—, es decir, su carácter de trabajo en boceto y susceptible de ulteriores desarrollos. Lejos, en efecto, del tratado o de la monografía formal, el acercamiento que ahora proponemos a la vela y su llama aspira a mantener la vivacidad del motivo, no a «disecarlo» en un empeño analítico que correría el riesgo de restarle o anularle su magia natural, su potencia como imagen.

Es tal vez innecesario subrayar que huimos deliberadamente de los tecnicismos que obligan a distinguir entre «motivo», «tema», «subtema», «argumento» y hasta «modelo actancial». Cuando hablamos de *motivo* aludimos tan sólo a un elemento temático —unitario y dinámico a un tiempo— que se repite en la tradición de las artes visuales y de la literatura. Sabemos bien que, para Goethe, los motivos poéticos eran, sencillamente, «fenómenos del espíritu humano que se han repetido y que el poeta no hace sino presentar como históricos». También se repiten, sobra decirlo, en las artes visuales, con pareja presentación histórica.

Las obras plásticas y poéticas que reproducimos se ordenan, por separado, siguiendo su secuencia temporal, pero nuestros comentarios no obedecen a orden temporal alguno respecto a ellas. Se guían en todo momento tan sólo por núcleos o nudos de significación, por su íntimo régimen de diálogos y correspondencias. Por otra parte, no pocos de los poemas seleccionados escritos en otros idiomas (entre ellos los de S.T. Coleridge, W.B. Yeats, Francis Jammes o Sophia de Mello Breyner Andresen) se vierten ahora, que sepamos, por vez primera al español o, si ya tienen traducción castellana (C.P. Kavafis, Anna Ajmátova, Nelly Sachs), se ofrecen en nuevas versiones realizadas especialmente para esta oportunidad.

Laura Repovš nos dio a conocer el poema de la eslovena Maja Vidmar. A Fernando Castro Borrego debe-

mos –además de estimulantes conversaciones sobre velas, llamas y otras muchas cosas– la noticia sobre la pieza del alemán Gerhard Richter. Vaya aquí para ambos nuestro más expresivo agradecimiento.

A.S.R.

Liubiana, 7 de agosto de 2021

I

I

El humilde, modesto, íntimo «mundo» de la vela y su llama: un mundo que nos convoca, que nos invita de manera irreprimible a un *interior*. Invitación a la interioridad del espacio, sí, pero también –simultánea e ineludiblemente– a nuestra propia interioridad.

Se trata, así pues, de un doble movimiento. La vela llameante *crea* un ámbito, luz solitaria en un espacio oscuro. «Hermoso Sol nocturno», escribió el poeta barroco portugués Jerónimo Baía acerca de una lámpara de cristal con velas diminutas. Enigmáticamente, sin embargo, la solitaria vela nos invita también a recogernos, a explorar nuestra intimidad: se hace interior.

Gran parte de la esencia de la vela encendida, de su naturaleza más profunda como símbolo, y también de su eficacia como metáfora, consiste en suscitar todo un tejido de imágenes y valores en los cuales parece metamorfosearse y renacer. Uno de los objetivos principales de estas notas será mostrar cómo la humildad, la aparente insignificancia, del motivo de la vela y la llama contrasta con su perdurable vitalidad y diversidad en la literatura y las artes de Occidente. Y esa vitalidad, en buena medida, viene dada en efecto por la compleja red metafórica y simbólica que el motivo es capaz de crear.

Lo que nos guía aquí es una búsqueda, contenida ya en la imagen misma y, en cierto sentido, casi exigida por ella.

Esta búsqueda conlleva, necesariamente, un viaje. Es el viaje que implica siempre toda analogía, y hasta toda metáfora (que es, en esencia, *traslación*), en su sentido estricto; según los viejos diccionarios, aquello que sucede «cuando la dicción sale de su propio significado a otro ajeno».

Salida, así pues. Viaje o traslación al seno de una imagen, de una *figura* que posee significados diversos, y cuya misma polivalencia da testimonio constante de su función dinámica y poética.

Hemos visto, por lo demás, muy pocos casos de velas tumbadas, horizontales, tanto apagadas como encendidas (todas ellas como parte de la antigua *vanitas*, cuya significación habrá de verse en su momento). Es prueba suficiente de que la vela llameante pertenece ante todo al ámbito de las imágenes marcadas por lo que la simbología llama «fuerzas ascensionales».

Viaje, por consiguiente, paradójico: a una interioridad ascensional.

Un cuaderno de reflexiones sobre la vela y su llama hará bien, de entrada, en preguntarse acerca de su propio objeto crítico, acerca de su necesidad y hasta de su papel en nuestro psiquismo. Se trataría de saber si la vela y su llama poseen una gravitación histórica y metafórica susceptible de un acercamiento particular, si consienten una aproximación que no desfigure su naturaleza más honda. ¿Tiene sentido, en efecto, extraer este motivo, apartarlo, arrancarlo del vasto repertorio de imágenes con las cuales se ha alimentado durante siglos la historia de las letras y las artes de Occidente? ¿No es esta operación un modo de singularizar, tal vez de manera injusta, un objeto que, en realidad, únicamente cabe entender dentro de un todo?

Esta manera de resaltar un motivo, una imagen, es –reconozcámoslo– un problema que afecta a cualquier imagen o motivo cuando es visto aisladamente, como cuando observamos, ampliado, un detalle de un cuadro. Toda sobreiluminación de un objeto, diríamos, lo distorsiona en cierta medida. Si se trata de una imagen, le otorga una propiedad o una particularidad que puede hacerle perder su verdadero papel en el seno de una cultura, en el interior del «cuadro» cultural al que pertenece y sin el cual no podría ser cabalmente entendida. Y sin embargo... Paradójicamente, en este caso, ¿hay otro modo, si lo pensamos bien, de medir y elucidar su riqueza, su comprobada, admirable polivalencia?

Decimos «en este caso» porque en materia de motivos e imágenes existen, claro está, muy diferentes categorías y niveles. Lo primero que salta a la vista, ahora, es ese mismo «peso» histórico que la vela y su llama presentan en la vida de las imágenes, unas imágenes que han venido configurando a lo largo de los siglos un acervo de referencias con las que la cultura occidental ha desarrollado sus propuestas metafóricas e iconológicas. De hecho, los ejemplos que aquí abordaremos del motivo de la vela y su llama no son sino una parte mínima del casi incontable número de sus apariciones históricas. El riesgo que representa examinarlas separadamente se ve contrarrestado por una necesaria profundización en su sentido –sus *sentidos*, diríamos de manera más apropiada–, siempre que no perdamos de vista la órbita misma de imágenes y metáforas dentro de la cual se inscribe y se sustancia.

Una vez más, lo que nos atrae es la *vida* de la imagen. Su vida compleja, metamórfica, multifacética.

Es esa misma heterogeneidad la que pide, en rigor, la particularización del motivo de la vela y la llama. Está, en primer lugar, el papel desempeñado por el fuego, que se hunde en nuestra más profunda memoria antropológica, alumbrando las cavernas y las noches e inaugurando una nueva realidad de lo visible. Lo que empezó siendo un misterio de la materia no tardó, sin duda, en configurar la vida cotidiana y marcarla radicalmente. El fuego fijo, estable, define en medio de lo oscuro un nuevo campo de visión, y luego –¿cuándo, cómo?– se hace móvil, se convierte en compañía de los movimientos mismos del ser humano, vigilancia de los animales que duermen, o que tal vez amenazan. El fuego, sí, como custodia, pero también como materia hermanada con el movimiento. La llama de la antorcha se vuelve lámpara de fuego, y el candil en movimiento ensancha hasta un punto inesperado los límites mismos de la mirada, es decir, de la percepción y,

por ello mismo, de lo humano. La dilatación del campo sensorial es una dilatación del conocimiento.

El fuego no perderá nunca su sacralidad, forma parte de la noche antropológica dentro de la cual brotó como realidad mística, una noche que de un modo u otro vive todavía dentro de nosotros. Por eso el fuego sigue estando asociado, incluso para las sociedades modernas, a esa forma de sacralidad que es la memoria de los muertos, y que aún se hace visible en nuestras iglesias y lugares de culto. No es esta, sin embargo, sino una de las dimensiones del fuego, una dimensión que no por haber sido privilegiada en nuestros ritos religiosos es más importante que otras dimensiones o facetas que se irán aquí desgranando.

Debemos aclarar ahora, con todo, que no nos importa aquí la llama en sí misma –susceptible de estudio por sí sola, claro está, en todas y cada una de sus modalidades–, sino en su vinculación a la vela, con la cual forma un *totum* complejo, una unidad de sentido. Y en la vela quedan simbolizados –y hasta aunados, así pues– todos los artefactos de los que el ser humano se ha servido y se sirve aún en la vida cotidiana y en la vida espiritual con muy diversas funciones y valores. Aun cuando nos referiremos a ellos cada vez que sea preciso de forma particularizada, en la vela están congregados, en efecto, el candil, el cirio, la lámpara de aceite (o de tuétano), la candelabro (de cera o de cebo), el velón, la bujía, el candelabro, la lamparilla, el quinqué y hasta, en ciertas condiciones, el farol o el fanal. No nos cuesta, por ello, advertir la unidad que en el interior de nuestra cultura presentan, por ejemplo, un soneto del español Gabriel Bocángel sobre un velón «que era juntamente reloj» (se verá oportunamente esta dimensión de la vela como instrumento que servía también para medir el tiempo) y, pongamos por caso, las pinturas de la artista eslovena contemporánea Metka Krašovec [21] en las que misteriosos seres son alumbrados por velas invisibles.

bles y casi *transfigurados* por ellas. O la evidente conexión entre la mariposa que muere a causa de la llama de la vela que la atrae irresistiblemente –tan común en la poesía y en la vieja emblemática renacentista y barroca– y una pintura realizada hoy mismo por el español José María Sicilia (*Phasma*, 2019).

Unidad de la vela y de la llama. Unidad, asimismo, de un motivo –también irresistible– a través de los tiempos.